

La mentira en política y en la evidencia científica. Digresiones para una (otra) simulación en salud pública

The lie in politics and scientific evidence. Digressions for one (another)
simulation in public health

Sebastián Villarroel González¹

RESUMEN

Este texto propone un recorrido de la mentira en la política y en parte de la reciente evidencia científica, asociando unas digresiones narrativas que permitan un ensayo de otros modos de pensar en salud pública. Bajo la idea de la simulación, se propone problematizar algunos supuestos de las formas de organización de nuestras instituciones sanitarias, inscritas en un régimen político económico conocido, las cuales pueden restringir y anular capacidades de acción en salud pública, arriesgando aumentar su distancia de los territorios y sus verdades sanitarias. Como clausura provisoria, al final se ofrecen preguntas orientadoras para nuevas discusiones en el campo de la salud.

Palabras clave: Mentira, Política, Evidencia científica, Salud Pública, Simulación.

ABSTRACT

This text proposes a tour of the lie in politics and part of the recent scientific evidence, associating some narrative digressions that allow a test of other ways of thinking in public health. Under the idea of simulation, it is proposed to problematize some assumptions of the forms of organization of our health institutions, registered in a known political-economic regime, which can restrict and nullify capacities for action in public health, risking increasing their distance from the territories. and its health truths. As a provisional closure, at the end guiding questions are offered for new discussions in the field of health.

Keywords: Lie, Politics, Scientific evidence, Public Health, Simulation.

INTRODUCCIÓN

La primera entrada de la palabra mentira en la RAE señala: “expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente”. Esta expresión condensaría 3 elementos: el conocimiento de aquello que es cierto; el conocimiento de aquello que es incierto; y una doble intencionalidad: engañar y ser considerado veraz. Como actividad verbal, la mentira ha acompañado a la historia de la humanidad y su búsqueda por la verdad, entendida como la consecución de un bien *en sí mismo*. En general, consideramos que la mentira no es buena, reconociendo su ubicuidad y diversa representación valórica. Su aceptación social depende de su justificación moral y si bien puede ser indultada, pocas veces es olvidada: la mentira no es compañera de la confianza. Llevada a la infancia, la mentira convoca nuestra atención tanto en la crianza parental

¹ Médico Especialista en Salud Pública, Universidad de Chile. Mg. Gerencia Social, Universidad de la Frontera. Correspondencia a: s.villarroel.g@hotmail.com

como en las conductas singulares de niñas y niños para resolver problemas haciendo trampas, que se puede asociar a comportamientos deshonestos potencialmente dañinos, como se expone luego.

Formular un discurso político y social veraz requiere un gran trabajo para armar un cuerpo argumentativo convincente, en el cual la mentira puede ser socialmente tolerada. Los buenos modales, las metáforas o los eufemismos, a pesar de enredarse con las posibilidades de la mentira y la falsedad, pueden considerarse “adecuados” en situaciones sociales específicas o en escenarios políticos de extensión global, habida cuenta de ciertos intereses en juego. El establecimiento social de lo que es verdadero se presenta como una condición necesaria para la emergencia de la mentira, formando parte de los modos de convivencia en sociedad (Bettetini, 2002)

La diversidad de discursos y acciones en el campo de la política visible en medios de comunicación, incluyen una estrategia conocida: el uso recursivo de la mentira para la disputa del poder y los modos de organización política. La mentira se ha utilizado como herramienta de confrontación de intereses y valores distintos, lo que supone en gran medida, que se valora su utilidad concreta como medio para un fin, y, por tanto, más por su intencionalidad y forma que por su contenido. En los incontables espacios virtuales disponibles, la denominada posverdad y las recientes *fake news* parecen relevar a las mentiras de su lugar histórico, especialmente cuando la comunicación social digital está transformando nuestra percepción y conformación de la realidad.

El artículo propone un breve y parcial trazado de la mentira en política y en la reciente evidencia científica, seguida de unas digresiones deliberadas, como técnicas narrativas, para una (otra) simulación de los modos de pensar en salud pública. La justificación del texto y su utilidad práctica quedan supeditadas a la experimentación ensayística de este laboratorio narrativo sobre el campo sanitario, apoyado con autores clásicos y otras referencias de la llamada evidencia científica. Sin desmarcarse de la posibilidad de efectuar representaciones éticas y epistémicas, se propone que sea lector quien realice sus reflexiones y figuraciones sobre la mentira y la simulación en la política de la institucionalidad sanitaria para ampliar nuevas discusiones.

LA MENTIRA EN POLÍTICA

Diversas autoras y autores han reconocido el carácter universal de la mentira como una deformación de la verdad sostenida en el conocimiento. Por tanto, cuando mentimos decimos algo reconociendo su falsedad. La investidura moral de nuestras instituciones (valores familiares, religión, ideología política, pertenencia étnica) sería la que nos predispone a aceptar en grado variable el uso de la mentira. Nietzsche (2018), en los fragmentos inéditos que acompañan el texto central de su ensayo “Acerca de la verdad y la mentira en sentido extramoral” de 1873, señalaba que “la verdad reivindica al hombre y lo acompaña en la relación moral con los hombres, de lo cual depende todo vivir en conjunto. Se anticipan las malas consecuencias de mentiras recíprocas. A partir de aquí surge la *obligación de la verdad* [...] el mentiroso requiere de las palabras para hacer aparecer como real lo irreal, es decir, él abusa del firme fundamento”. En *Los Hermanos Karamazov*, de cuyo autor Einstein declaró haber aprendido más que de cualquier otro pensador científico, se leía 7 años después: “El hombre que se miente a sí mismo y escucha su propia mentira llega a un punto en que no puede distinguir la verdad dentro de él y por tanto pierde todo respeto por sí mismo y por los demás”.

Sobre el derecho a mentir en política, Mañón (2020) sostiene que la mentira política es la pronunciada por el político a los gobernados con el fin de resguardar el “bien público”. Recorre las justificaciones que habrían otorgado ciertos pensadores de la filosofía occidental la uso de la mentira en política: Platón escribió sobre la mentira noble como mito fundacional, en beneficio del gobernado más que del gobernante; Maquiavelo, apuntó la utilidad y oportunidad de la mentira como justificación estratégica para conservar el poder; Weber asumió la mentira como parte de la profesión política, tutelada dentro de una ética distinta a la del resto de la sociedad; y Marx, como una conciencia cínica separada de las condiciones reales de producción del hombre, que promueve y legitima una historia universal hegemónica. Mañón describe que la mentira política ofrece dos concepciones de ciudad: una autoritaria (cerrada) y otra democrática (abierta), señalando que esta última se construiría sin el acto de mentir en asuntos asociados a toda la comunidad y que hacerlo dañaría el lazo de unión entre el sistema político y la sociedad.

El uso de un histórico masculino universal en filosofía y literatura, también fue utilizado luego por Hannah Arendt, que se orientó al análisis de

la verdad fáctica o de hecho, y la mentira como termino opuesto a aquella y su principal fuente de peligro (Martín, 2019). Entendía el carácter político de la mentira en la medida que trate sobre verdades factuales producidas en el campo político, vale decir, se relacione con los asuntos comunes y públicos que conciernen a los miembros de una comunidad política. El aspecto político de la mentira reside en la naturaleza política de la parte del mundo público que es falseada, reconociendo que las mentiras son “formas de acción” de la vida política y pueden ser herramientas del oficio político. Distinguía entre una mentira política tradicional, referida a secretos e intenciones particulares; y las mentiras políticas modernas, que atacan una realidad común y conocida por un conjunto de la comunidad, hechos públicos y problemáticas de importancia política inmediata, donde la organización mediática y fabricación de imágenes que sustituyen la realidad, tanto como el autoengaño, son decisivas. Apuntaba que “la diferencia entre la mentira tradicional y la moderna a menudo equivale a la diferencia entre esconder y destruir” (Arendt, 1996; citada en Martín, 2019). Años más tarde, Derrida (1995), objetando la posibilidad del autoengaño relevante para Arendt, apuntaría a la intencionalidad como elemento de central de la mentira. Mas que un hecho o un estado, existiría un acto intencional, un mentir: “Para mentir, hay que saber la verdad y deformarla intencionalmente. Por lo tanto, es preciso no mentirse a sí mismo”.

La evidente vigencia de lo pensado y escrito por Arendt y Derrida anticipa el rol de la imagen y de los medios de comunicación en la intencionalidad de la mentira para reelaborar hechos y verdades, adelantándose a los intentos de delimitación conceptual y analítica de la denominada pos-verdad de años recientes, la que se presentaría más bien como una nueva mentira en múltiples escenarios de simulación (Carpintero, 2017). Concepto emergente que algunos autores sugieren no confundir con la mentira, la posverdad sería una estrategia deliberada destinada a crear un entorno donde el objetivo los hechos son menos influyentes en la formación de la opinión pública. Sería la estrategia de quienes, amenazados por la verdad, responden deslegitimándola y reemplazando su consenso por un consenso alternativo, uno por la posverdad (Bufacchi, 2021). La posverdad también podría ser una mutación epistemológica y síntoma de un marco político neoliberal de relaciones económicas, sociales y culturales, aludiendo al concepto foucaultiano de “régimenes de verdad”: la relación entre verdad, poder y subjetividad (Capilla, 2021).

Foucault (2015) apuntaba que un régimen de verdad se estructura en torno al poder y la subjetividad: un sistema de poder impone su interpretación de la realidad (lo que es verdadero) sobre el individuo, y éste construye su subjetividad integrando en este esquema sus creencias y conocimientos. Así, cada sociedad tiene su régimen de verdad, su “política general” de verdad: discursos que sostienen lo verdadero; los mecanismos para distinguir declaraciones falsas, la forma de sanción sobre la verdadero y lo falso; las técnicas y procedimientos valorados para obtener la verdad; y quienes son cuentan con autoridad de decir la verdad. Para Foucault, el régimen de verdad de la modernidad vigente y más extensivo es la “verdad-demostración” vinculada a la concepción científica o epistemológica de la verdad, apoyada en ciertas técnicas e instrumentos de demostración que el sujeto dispone y prepara para descubrirla, así como el lenguaje adecuado para formularla en proposiciones. Sería un tipo particular de “verdad-acontecimiento” que pertenece al orden de lo que sucede no mediado por instrumentos (Lorenzini, 2010)

Es difícil sostener que un debate político contemporáneo se componga completamente de hechos objetivos, afirmación que es posible extender históricamente. Un discurso político busca tanto sostener las ideas de un proyecto como apelar a la emoción y a las creencias personales para mejorar su soporte de poder. En un breve recorrido histórico referido al monopolio de la verdad, mentir por el bien del país y la mentira oficial como razón de Estado, Collado (2021) sugiere que la mentira como práctica política en las democracias representativas se explicaría por razones históricas-filosóficas, por una vida pública que exige la dramatización de actores de diversos escenarios y por una manipulación admitida socialmente, facilitada por el desarrollo tecnocientífico. El juicio de la mentira quedaría en manos de los electores, quienes podrán elegir libremente alternativas más o menos honestas. En las democracias del capitalismo, organizadas principalmente por los mercados, los partidos políticos intentarían seducir la elección de un individuo racional informado: un votante-consumidor sujeto a la publicidad política.

MENTIRA Y EVIDENCIA CIENTÍFICA

Hoy sabemos que nuestro cerebro se adapta a las mentiras (Garrett et al, 2016). La amígdala, parte del cerebro vinculada a las emociones, se activa cuando mentimos, pero su respuesta

disminuye ante la repetición de las mentiras. La sensación negativa inicialmente producida va desapareciendo en la medida que seguimos mintiendo, generando cierta tolerancia a mentiras más significativas. En su libro *Behave* (2017), el neurobiólogo R. Sapolsky señala que las neuronas, los músculos faciales y el lenguaje conciertan una compleja capacidad humana de engañar. El área encargada de procesos cognitivos complejos, la corteza prefrontal, especialmente su área dorso-lateral, se activa tanto para resistirse a mentir como para, una vez que se ha decidido hacerlo, mentir eficazmente. Adicionalmente, la corteza cingulada anterior es capaz de reflejar el conflicto cognitivo entre la realidad y una declaración mentirosa. Describe también cómo personas que actuaban honestamente, tenían estas mismas zonas cerebrales “apagadas” cuando surgía la oportunidad de hacer trampa, dejando entrever el rol de la intuición como un espacio para la ética de la virtud para hacer lo correcto (“no lo sé, simplemente no hago trampas”). Desde un punto de vista de uso de recursos cognitivos, sencillamente sería hacer lo más fácil. En el otro extremo, también refiere estudios que han confirmado que los mentirosos compulsivos tienen mayor cantidad de materia blanca en el lóbulo frontal, pero menor cantidad de materia gris.

En las ciencias del comportamiento, se han asociado las consecuencias sociales vinculadas al acto de mentir: cuando éste puede dañar a otros “abstractos” (lejanos), podría favorecer que más personas mientan y que las personas mientan más, comparada con la posibilidad de dañar a otros “concretos” (cercaños) (Köbis et al, 2019). Hay evidencia que sugiere que el control cognitivo (en términos simples, la regulación de nuestras conductas según el contexto) permite a personas deshonestas actuar de manera honesta y, a su vez, permite las mentiras de personas honestas, ambas situaciones condicionadas por sus valores morales (Speer et Al, 2021). Otros estudios han mostrado que la deshonestidad colaborativa es mayor cuando terceros no experimentan sus consecuencias negativas, frente a incentivos financieros altos y cuando los grupos son mayoritariamente hombres y jóvenes (Leib et al, 2021); que también se miente para “parecer honesto”, si la verdad les hace parecer deshonestos antes los demás (Choshen-Hillel et al, 2020); o se “miente con límites” para mantener cierta imagen social positiva frente a los demás (Guzikevits &

Choshen-Hillel, 2022). No es difícil relacionar estos hallazgos científicos con el comportamiento de las personas en política y la mentira como herramienta mediadora entre un programa político y destinatarios más o menos ajenos; su uso intensivo concertado para un propósito común; o para la simulación de imágenes sociales en medios de comunicación, hoy amplificadas por la digitalización.

En la infancia, la mentira temprana es normativa, reflejando un desarrollo cognitivo y social emergente de niñas y niños, tanto para preservar sus propios intereses como para beneficio de los demás. Con la edad aprenden normas sociales que promueven la honestidad, así como las posibles consecuencias sociales marginarla: pérdida de credibilidad, desarrollo deficiente de la conciencia, daño en sus relaciones, débil control autorregulador y comportamiento antisocial (Talwar & Crossman, 2022). En general, mientan cuando comienzan a distinguir que hay “otras mentes” que piensan y sienten distinto a la suya (la llamada “teoría de la mente”). Los motivos principales serían la búsqueda de aprobación y para evitar los castigos de manera bastante similar a los motivos que invocaríamos los adultos (Soler & Roger, 2020). Un estudio publicado en *Nature* mostró que mentir disminuye la eficiencia global del funcionamiento de la red cortical de niñas y niños, efecto más marcado a menor edad, sugiriendo que con el tiempo se vuelven más capaces de satisfacer las demandas cognitivas para lograr mentir (Ding et Al, 2017).

El uso de la mentira es común para modelar conductas infantiles en la crianza. No obstante, las primeras experiencias podrían conducir a patrones futuros de deshonestidad. Una mayor exposición en la infancia a las mentiras de los padres se ha asociado con mayor deshonestidad hacia los padres en la adultez, menor satisfacción en la relación parento-filial y mayores problemas internalizantes, externalizantes y de personalidad antisocial (Santos et Al, 2017). Recientes experimentos utilizando juegos basados en la economía del comportamiento y la posibilidad de hacer trampas, sugieren un comportamiento más honesto de niñas y niños de menor edad en relación a infantes mayores (Sai et Al, 2022). Afortunadamente, ciertas normas sociales prescriptivas (por ej. “la mayoría de los niños aprueba no mentir”) podrían influir en la honestidad en la infancia (Liu et Al, 2022).

DIGRESIONES PARA UNA (OTRA) SIMULACIÓN EN SALUD PÚBLICA

[...] *Ojos que saben. Ojos que creen en todas las posibilidades pero que al mismo tiempo saben que nada tiene remedio.*

Roberto Bolaño, Estrella distante

¿Qué podría decirse sobre este punto ciego de inversión, en el que nada es verdad ni mentira y en el que todo oscila, indiferentemente, entre causa y efecto, entre origen y finalidad? ¿Es reversible o irreversible?

Jean Baudrillard. La Ilusión Vital

Luego de este recorrido parcial sobre la mentira en política y en la evidencia científica ¿Por qué re-presentarla para el campo de la salud pública? A continuación, el hilo conductor del texto acogerá otras puntadas: digresiones que permitan nuevas entradas, estados y salidas del campo sanitario a través de las posibilidades que ofrece la *simulación* problematizada a través en un dibujo contingente de la institucionalidad sanitaria, donde actores y espectadores adoptan papeles para completar el juego simulatorio.

a) Un posible desorden narrativo en las instituciones de salud pública

Simular viene del latín *simulare*: “representar, imitar”, vale decir, la idea de pretender que una cosa es similar a otra. Por su parte, la voz latina *simulacrum*, significaba primero representación figurada de algo. La simulación se puede asociar a falsificación, algo que imita la realidad teniendo sólo sus apariencias y, por tanto, asociarse también ineluctablemente a la mentira: para simular hay que aparentar algo que no se tiene. Ciertamente, la simulación dispone de cualidades propositivas. En salud nadie dudaría de su utilidad para el aprendizaje clínico de varias disciplinas, el desarrollo de proyectos de inversión o de su valor para recoger e imitar políticas públicas foráneas implementándolas nacionalmente, ensayando una simulación para evaluar su efectividad y viabilidad. En el campo de la salud pública, la simulación mantendría su valor si conserva puntos de referencia con los cuerpos tangibles de la salud-enfermedad y el territorio.

Durante el año 2020, acusaciones cruzadas entre el ministerio de salud y algunos medios de comunicación sobre declaraciones sobre el uso de recursos y la posible falsedad de datos

epidemiológicos en pandemia, relevaron una extensa sensibilidad social frente a la posibilidad de la mentira y la necesidad de contar la verdad. Podría entenderse como la representación local chilena de una situación internacional donde verdades y mentiras involucraban gobiernos, organizaciones supranacionales, revistas científicas y empresas farmacéuticas (Horton, 2022). La organización sanitaria mundial para enfrentar la pandemia fue recientemente calificada por la Comisión Lancet COVID-19 como un “fracaso global masivo en múltiples niveles” (Sachs, 2022).

La pandemia instaló una crisis sanitaria sobre una resentida salud pública que sigue presentando los problemas crónicos conocidos, entre otros, el aumento de listas de espera de cirugías y procedimientos, el severo déficit de infraestructura o las restringidas prestaciones básicas en atención primaria, que se suman a la carga de enfermedades crónicas en ascenso, especialmente de salud mental. Estos “hechos sanitarios”, verdades factuales, no han funcionado como razones suficientes para modificar su persistente realidad desde la institucionalidad sanitaria. Son hechos que nos dicen que quizás estamos involucrados en una larga *simulación* de políticas, planes y estrategias de salud pública, que, aun bien diseñadas, financiadas y ejecutadas, tienen limitadas capacidades de prevenir el avance de malestares múltiples de la salud de las personas.

La evidencia científica y aquella derivada de los datos, son formas de verdad-demostración fortalecidas desde la revolución científica moderna y que han desplazado a la verdad-acontecimiento en la gestión sanitaria institucional. Una organización que desmonta las verdades factuales en subsistemas, sectores, niveles y cifras para precisar mejor los problemas de salud pública y sus posibles soluciones, siguiendo los conocidos mecanismos de gestión corporativos, facilitaría una gestión instrumental más dócil para abordar la complejidad de las ingentes verdades factuales. A propósito de los desafíos para la política de salud que impondría el auge de la posverdad en el Servicio Nacional de Salud británico, Powell (2017) apuntaba que la evidencia científica y el compromiso democrático de las instituciones de salud a veces chocaban de frente, recurriendo a 2 ejemplos: diagnósticos basados en la evidencia que favorecían la centralización eficiente de los servicios sanitarios vs. la promoción de servicios sanitarios en escalas comunitarias con hospitales más pequeños, locales y descentralizados; y la persistente elección de las personas de medicinas

alternativas que no superan el umbral de evidencia de los ensayos controlados aleatorios. Su diagnóstico británico no parece estar tan alejado de la realidad nacional. Estaríamos ante distintos regímenes de verdad foucaultianos que organizan las instituciones sanitarias, su distribución de recursos y el alcance de sus soluciones. En suma, organizan sus relaciones de saber-poder.

En el campo de la epidemiología, Almeida-Filho (2019) indica como el “sueño epidemiológico” se volvió realidad en la década de 1960 luego del procesamiento electrónico de datos, que permitió modelar realidades epidemiológicas mediante simulaciones digitales que se siguen sofisticando. Ha sostenido que, en términos objetivos, las únicas poblaciones concretas con las que tratan los epidemiólogos son las poblaciones de las bases de datos que codifican, organizan y analizan para producir información. Son poblaciones abstractas, de naturaleza programable y digital que posteriormente, la institucionalidad oficial de la salud pública y de la medicina preventiva, traduce en políticas públicas, programas y medidas sanitarias que proponen intervenir la población real de referencia, distinta a la virtual y abstracta construida en megabases de datos, pero que son portadoras de riesgos cuantificables.

Esta síntesis de Almeida-Filho refiere a la manera de hacer las cosas en epidemiología para una salud pública institucionalizada, que establece a su vez una directriz que legitima la política de una autoridad sanitaria, que, en el caso de Chile, forma parte de gobiernos que desde la dictadura han operado en lo que Cristi (2020) denomina el “Estado mínimo del neoliberalismo”, al que constitucionalmente le está vedado “producir” salud, educación y seguridad social. En este sentido, Ossandon (2020) ha planteado que, en un régimen político que asumió a los mercados como soluciones a los problemas públicos, las instituciones sanitarias han tenido una orientación predominante para trabajar en la identificación y regulación de los déficits sectoriales como fallas en los atributos de mercado: problemas de escasez e ineficiente gestión de recursos; alto gasto, deudas crecientes y baja productividad. Propone que han sido los mecanismos de mercado el contenido principal de las políticas públicas de salud pública, haciendo a la organización sanitaria nacional ingobernable por diseño.

La propuestas previas abren la posibilidad de reconocer un desorden narrativo en una institucionalidad sanitaria que, por una parte, sitúa en la evidencia de los datos epidemiológicos y de la

gestión de información de las organizaciones de salud, la generación y implementación de políticas públicas e intervenciones sobre una población distinta de la codificada en los datos que les dieron origen, en un supuesto régimen de verdad-demostración; y por otro lado, gestiona políticas públicas que, tras varias décadas de diseño e implementación, siguen prometiendo actuar y modificar las verdades factuales del campo sanitario en una constitución macro política organizada a través de los mercados y su mecanismos de gestión ordenados en un eje de oferta-demanda, aun cuando persiste una marginal capacidad de modificación de los hechos sanitarios.

b) Simulación y re-presentación

J. Baudrillard señalaba que la religión, el ejército y la medicina eran campos predilectos de la *simulación*. Apuntaba que el cambio de milenio ésta había pasado a ser la propia realidad: la suplantación de lo real por los signos de lo real - el signo designa una cosa, no es la cosa misma - con sujetos que participan en el juego de la *simulación* y lo hacen viable. Afirmaba que presenciamos progresivamente la multiplicación de trozos de mapas, esparcidos en los espacios cada vez más vacíos de los territorios. En otras palabras, se construyen nuevos relatos con la multiplicidad de mapas, en los cuales flotan a la deriva algunos fragmentos del territorio. Habitados a la simulación de la publicidad, la televisión, los videojuegos y ahora las redes sociales, sugería que la extinción de símbolos se acompañaba de un incremento de signos, señales y códigos con el avance la digitalización, elementos nucleares más livianos y manipulables para una comunicación más eficiente, fugaz y vulnerable. Sadin (2020), ha señalado cómo el tropismo de las redes sociales digitales puede favorecer la resonancia y diversificación de mentiras, dismantelar los esfuerzos que apelan a la verdad y generar algoritmos que modelen conductas de manera cada vez más automatizada, complejizando las posibilidades de la *simulación*.

Si bien se ha considerado que la propia filosofía de Baudrillard tendría apariencia de simulacro, sus propuestas siguen recibiendo atención en la proliferación digital de *fake news* y su instalación como representación de alguna realidad, como signo de lo real. En esta *simulación* ya no seríamos nosotros quienes pensamos el objeto, sino el objeto el que nos piensa a nosotros. Hay sin duda una sensibilidad compartida con Byung Chul Han y sus más recientes ensayos sobre transparencia, los entornos virtuales y su nueva propuesta de infocracia.

La desafección que se ha diagnosticado hacia instituciones con escasas reservas de legitimidad, deja un espacio de valor para las personas solo cuando ofrecen posibles soluciones potencialmente útiles a problemas cotidianos urgentes, al tiempo que siguen renovando sus discusiones tecnocráticas periódicamente atendiendo a las evidencias científicas y a las ideologías de turno, intentando resguardar cierta sensibilidad a los problemas de salud de las personas. Las instituciones tienden a fortalecer su gestión de jerarquías, sus organigramas y sus directrices normativas expresadas en planes, programas y orientaciones técnicas, manifestando a su vez un interés mayor en consolidar unidades que propicien su aparición mediática. Múltiples propuestas de análisis de datos y de proyectos de mejora emergen y desaparecen en los canales de comunicación digital de las redes sociales virtuales mucho antes de pisar el territorio de las personas. De este modo, una institución de salud pública puede apostar por ampliar su presencia mediática para promocionar alguna medida sanitaria o política pública, al tiempo que se somete al concurso digital de reacciones, captación de recursos mediáticos y una alta reproducción de información falsa o inútil. Estos esfuerzos conllevan el peligro de que equipos directivos sostengan una institucionalidad *hipersimulada*, gestionando las conversaciones entre instituciones en su dimensión más estrecha: el intercambio de información abierto a las personas, aunque ineficaz para resolver sus problemas. Puede ser un intento de legitimación de la denominada gobernanza en el mapa virtual de datos e imágenes que se posiciona como espacio público supuestamente democrático, aun cuando exista una gran distancia con un buen gobierno en el territorio, donde acontecen las verdades factuales de la salud pública. Éstas, que no constituyen verdades filosóficas ni de la evidencia científica, están, como señalaba Arendt, al “alcance de todos” como verdades indesmentibles que los *usuarios del sistema público de salud* viven con cierto sentido común, desde las experiencias concretas del malestar corporal y comunitario.

En una clausura textual provisoria, podemos proponer ensayar *otra simulación*, un nuevo escenario donde las instituciones de salud pública prevengan el riesgo de continuar con políticas públicas sostenibles de una realidad conocida, aunque sin la potencia para modificar sustancialmente sus incómodas verdades sanitarias. Junto a las posibilidades de reformas de salud, de la incesante reproducción y análisis de datos, o de la generación de nuevos proyectos, los discursos

y acciones sanitarias pueden organizarse en una nueva sintaxis básica que reactive el sentido común de las personas en sus territorios y otorgue nueva dirección al quehacer de los equipos clínicos, acostumbrados a saber-hacer mejor en el campo de la salud. Una nueva sintaxis narrativa que podría comenzar con preguntas interdependientes y orientadoras de nuevos tratamientos:

- ¿Cuál es el valor de planes técnicamente prolijos, programas bien definidos, objetivos claros y metas bien cumplidas si no logran atender con igual satisfacción la cronicidad de los problemas clínico-sanitarios, los procesos sanitarios contingentes no institucionalizados y las emergencias creativas de las personas para solucionar sus propios problemas?
- ¿Cómo advertir cuando las instituciones persistan inmunes a la sorpresa y el extrañamiento de la complejidad social, pero se familiaricen rápidamente con los medios y mapas digitales, manteniendo un funcionamiento auto protector con limitada capacidad de aprehender experiencias y diagnósticos territoriales?
- ¿Deberíamos contar con niveles de prevención para el exceso de normas burocráticas que restringen el hacer clínico, aumentan las barreras de acceso, generan exclusiones arbitrarias o anestesian la diversidad de sensibilidades de los territorios?
- ¿Cuál es el orden de ideas que guía el relato de la política de salud pública y hace sentido a las personas, una vez efectuadas las acciones sanitarias concretas y las simulaciones por los gobiernos de turno: Reforma de seguros; Universalización de la APS; Estrategia Nacional de Salud; Metas y Compromisos de Gestión de Servicios de Salud?
- ¿Qué nos obliga a intentar convencer a otros de nuestras verdades sanitarias oficiales si los cuerpos sanos y enfermos pueden estar bajo vigilancia de nuestra institucionalidad, pero seguirán estando fuera de nuestro control?

REFERENCIAS

1. Almeida-Filho, N. (2019). El sujeto de los riesgos en un mundo transhumano y posclínico: reflexiones a partir de Todos los nombres de Saramago y de Matrix de las

- hermanas Wachowski. *Salud colectiva*, 15, e2595. <https://dx.doi.org/10.18294/sc.2019.2595>
2. Baudrillard, J. (2002). *La ilusión vital*. Madrid: silgo XXI Editores
 3. Bettetini, Maria (2002). *Breve historia de la mentira*. De Ulises a Pinocho. Madrid: Cátedra.
 4. Bufacchi, V. (2021). Truth, lies and tweets: A consensus theory of post-truth. *Philosophy & Social Criticism*, 47(3), 347-361. <https://doi.org/10.1177/0191453719896382>
 5. Capilla, P. (2021). Post-Truth as a mutation of epistemology in journalism. *Media and Communication*, 9(1), 313-322. <https://doi.org/10.17645/mac.v9i1.3529>
 6. Carpintero, E. (2017). El concepto de “posverdad”: una nueva mentira. *Revista Topia*. Disponible en: <https://www.topia.com.ar/articulos/concepto-posverdad-una-nueva-mentira>
 7. Choshen-Hillel, S., Shaw, A., & Caruso, E. M. (2020). Lying to appear honest. *Journal of Experimental Psychology: General*, 149(9), 1719. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/xge0000737>
 8. Collado, F. (21 de mayo de 2021). ¿Por qué no nos dicen la verdad? Un recorrido histórico por la mentira en la vida política. *The Conversation*. Disponible en: <https://theconversation.com/por-que-no-nos-dicen-la-verdad-un-recorrido-historico-por-la-mentira-en-la-vida-politica-160464>
 9. Cristi, R. (2021). *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*. Santiago. LOM Ediciones.
 10. Derrida, J. (1995). *Historia de la mentira: Prolegómenos*. Conferencia dictada en Buenos Aires en 1995. Organizada por la Facultad de Filosofía y Letras y por la Universidad de Buenos Aires. Edición digital de Gerardo Fitipaldi para Derrida en castellano. Disponible en: <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/mentira.htm>
 11. Ding, X. P., Wu, S. J., Liu, J., Fu, G., & Lee, K. (2017). Functional neural networks of honesty and dishonesty in children: evidence from graph theory analysis. *Scientific reports*, 7(1), 1-10. <https://doi.org/10.1038/s41598-017-11754-4>
 12. Foucault, M. (2015). *Historia política de la verdad. Una genealogía de la moral: brevarios de los cursos del Collège de France*; Edición y traducción de J. Alvarez Yagüez. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
 13. Garrett, N., Lazzaro, S. C., Ariely, D., & Sharot, T. (2016). The brain adapts to dishonesty. *Nature neuroscience*, 19(12), 1727-1732. doi: 10.1038/nn.4426
 14. Guzikevits, M., & Choshen-Hillel, S. (2022). The optics of lying: How pursuing an honest social image shapes dishonest behavior. *Current Opinion in Psychology*. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101384>
 15. Horton, R. (2022). Offline: There is no right to lie. *The Lancet*, 399(10327), 778. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(22\)00370-1](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(22)00370-1)
 16. Köbis, N. C., Verschuere, B., Bereby-Meyer, Y., Rand, D., & Shalvi, S. (2019). Intuitive honesty versus dishonesty: Meta-analytic evidence. *Perspectives on Psychological Science*, 14(5), 778-796. <https://doi.org/10.1177/17456916198517>
 17. Leib, M., Köbis, N., Soraperra, I., Weisel, O., & Shalvi, S. (2021). Collaborative dishonesty: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 147(12), 1241. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/bul0000349>
 18. Liu, X., Zhao, C., Zhang, X., Compton, B. J., Sai, L., & Heyman, G. D. (2022). Messaging about descriptive and injunctive norms can promote honesty in young children. *Child Development*. doi: 10.1111/cdev.13830. Epub ahead of print. PMID: 35904139.
 19. Lorenzini, D. (2010). Para acabar con la verdad-demostración: Bachelard, Canguilhem, Foucault y la historia de los” regímenes de verdad”. *Laguna: Revista de Filosofía*, (26), 9-34.
 20. Mañón, J. (2020). Sobre el derecho a mentir. Verdad y posverdad en la comunicación y la construcción de ciudadanía. *Problema anuario de filosofía y teoría del derecho*, (14), 285-313. Epub 05 de marzo de 2021. <https://doi.org/10.22201/ij.24487937e.2020.14.14912>
 21. Martín, L. (2019), “El concepto de mentira política organizada en Hannah Arendt”: *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, vol. 19, pp. 5-27. <https://doi.org/10.5209/foin.65815>
 22. Nietzsche, F. (2018). *Verdad y mentira* (José Jara, Trad.). Editorial UV de la Universidad de Valparaíso (Obra original publicada en 1873)
 23. Ossandón, J. (2020). ¿Cómo terminamos gobernados por mercados? Los mercados

- como políticas públicas y el experimento de la salud en Chile. CIPER. <https://ciperchile.cl/2020/07/11/como-terminamos-gobernados-por-mercados-los-mercados-como-politicas-publicas-y-el-experimento-de-la-salud-en-chile/>
24. Powell, M. (2017). This Is My (Post) Truth, Tell Me Yours: Comment on "The Rise of Post-truth Populism in Pluralist Liberal Democracies: Challenges for Health Policy". *International Journal of Health Policy and Management*, 6(12), 723.
 25. Sachs, J. D., Karim, S. S. A., Aknin, L., Allen, J., Brosbøl, K., Colombo, F. et al (2022). The Lancet Commission on lessons for the future from the COVID-19 pandemic. *The Lancet*, 400(10359), 1224-1280. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(22\)01585-9](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(22)01585-9)
 26. Sadin, É. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Anatomía de un antihumanismo radical. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
 27. Sai, L., Shang, S., Zhao, C., Liu, X., Jiang, Y., Compton, B. J., ... & Heyman, G. D. (2022). The developmental origins of a default moral response: A shift from honesty to dishonesty. *Child Development*. doi: 10.1111/cdev.13830. Epub ahead of print. PMID: 35904139.
 28. Santos, R. M., Zanette, S., Kwok, S. M., Heyman, G. D., & Lee, K. (2017). Exposure to parenting by lying in childhood: Associations with negative outcomes in adulthood. *Frontiers in Psychology*, 8, 1240. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2017.01240>
 29. Soler, A. & Roger, C (2020). *Niños sin etiquetas*. Barcelona: Ed. Paidós.
 30. Speer, S. P., Smidts, A., & Boksem, M. A. (2021). Cognitive control promotes either honesty or dishonesty, depending on one's moral default. *Journal of Neuroscience*, 41(42), 8815-8825. DOI: <https://doi.org/10.1523/JNEUROSCI.0666-21.2021>
 31. Talwar, V., & Crossman, A. (2022). Liar, liar... sometimes: Understanding Social-Environmental Influences on the Development of Lying. *Current Opinion in Psychology*, 101374. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101374>